

# La muerte del padre y el aceite de las llagas

**Gordon Lish, el “creador” de Carver, acomete en *Mi romance* una arriesgada zambullida en la familia, la enfermedad y los procesos narrativos**



EUGENIO FUENTES

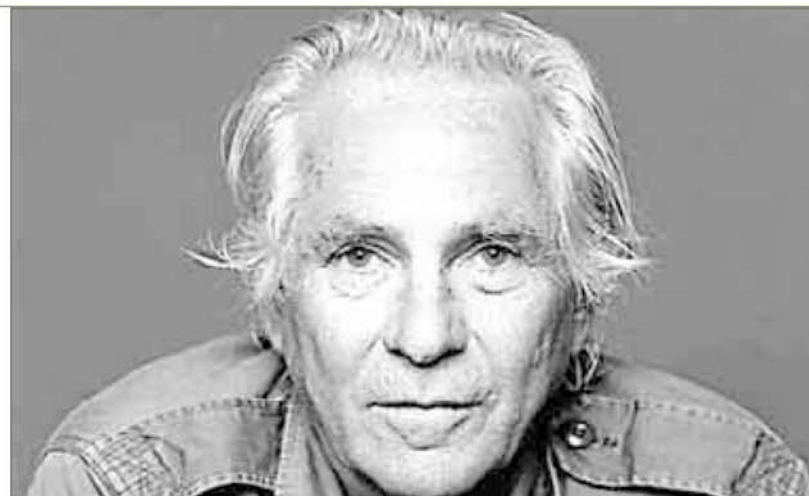
Un hombre de mediana edad, calzado con zapatos que compensan con discreción su escasa estatura, se atiborra de luz, a veces de sol, en la azotea de un edificio neoyorquino. En calzoncillos. Parapetado tras unas gafas ahumadas. Con todo el cuerpo recubierto de una espesa capa de aceite mineral que a duras penas oculta el interminable archipiélago de llagas que carcome su piel. Mediodía tras mediodía, año tras año. Porque el hombre, que es o dice ser el reputado editor literario **Gordon Lish**, necesita continuos baños de sol para mantener a raya la psoriasis que condiciona su vida desde los siete años.

La escena anterior está reconstruida, no sin algún esfuerzo, a partir de apuntes mostrados y escamoteados por un tal Gordon Lish en 1990 durante una intervención ante un congreso de escritores en Long Island. Un Lish que sin duda es y no es el mismo que firma **Mi romance** (1991), arriesgada y seductora narración poco apta para amantes de las tramas claras y las líneas rectas. Sobre todo porque, si bien se la mira, no deja de ser toda ella un poderoso carrusel exploratorio del proceso de ordenación del caos conocido como escritura y una desmitificación de la memoria como instrumento. No en vano, el Lish que firma (Nueva York, 1934) ejerció durante años una labor de editor, primero en *Esquire*, luego en Alfred A. Knopf, que le ha situado en la

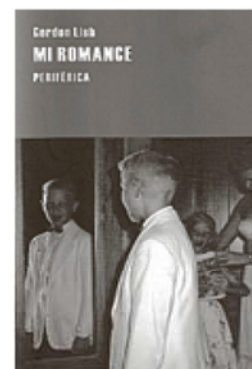
historia literaria como el hombre que, tijera en mano, “fabricó” la rotunda concisión de Carver. Una actividad, como la de editar a DeLillo o Richard Ford, que ha dejado en un segundo plano su arriesgado y fértil trabajo como narrador, del que son magnífica muestra obras como **Perú** o **Epígrafe**, también traducidas al castellano por Periférica.

El otro Lish, el que con su voz narrada da cuerpo a esta historia inspirada en la vida del recortador de Carver, asegura en los primeros compases que ha sido llamado al estrado para leer algunos cuentos. Sin embargo, matiza, algo, parece que la llamada de una muerte a las puertas de su familia, le ha movido a trocar la lectura de fragmentos ajenos por una larga perorata propia que ha decidido bautizar como “novelita ‘light’ sin red”. Una historia íntima de familia, tacañería, mala conciencia y muerte, en particular la muerte del padre, pero también de imágenes de niñez y tórridas insolaciones en las que, azoteas de por medio, se cueflan las sombras de una imprecisa relación: una misteriosa mujer con la que el llagado Lish comparte baños de sol.

En realidad, una relectura del volumen debería permitir al lector reconstruir con mayor precisión las nebulosas idas y venidas de una impúdica historia que Lish improvisa desde su estrado siguiendo unas concisas anotaciones. Título: **Mi romance**. Entradas: “El reloj”, “El aceite”, “El Crosley”, “La sala”. Cuatro capítulos que podrían ser traducidos como “La familia”, “La psoriasis”, “La enfermedad y la muerte” y “El insospechado punto de destino en el que me



Gordon Lish.



## Mi romance

GORDON LISH

Traducción Juan S. Cárdenas  
Periférica, 144 páginas, 16 euros

depositó mi necesidad de baños de sol”. Y después de esta traducción, ahora deberían venir unas reflexiones sobre los conceptos de familia, enfermedad y muerte en Lish. Pero estaríamos perdiendo el tiempo, porque esas cogitaciones surgirán sin demasiado esfuerzo en la cabeza del lector que se acerque al texto con un mínimo de atención.

Sin embargo, tal vez como incitación a superar las flaquezas que puedan asaltar al lector, convendría anunciarle

que al asomarse a las páginas de “Mi romance” se encontrará una voz clara, firme y poderosa que parece enunciar un mensaje límpido. Eso sí, alguna que otra subordinada le pondrá ya sobre la pista de cierta tendencia a demorarse en las ramas. Tendencia que no hará sino crecer. No sólo eso. Las ramas viejas reaparecerán una y otra vez hasta formar con las nuevas una maraña de tensiones que le hará desear con todo el alma llegar a un punto de destino.

Por supuesto que al lector soberano le cabe el recurso de tirar la toalla. Sería lástima porque, si así lo hiciera, se habría perdido un nada habitual proceso, calificado por muchos críticos de beckettiano, en el que el editor Lish se sirve del orador Lish para ilustrar cómo se llega al relato a partir del inevitable flujo de conciencia. Lish selecciona un reducido número de elementos, los va poniendo en juego y luego deja que, en apariencia, sean ellos mismos los que se vayan recombinando, contradiciendo, reforzando y anulando como suelen cuando no están sometidos a la lineal hoja en blanco. Aunque, y esa es su sabiduría, aprovecha la obligada sujeción a la línea recta para domeñar los arabescos y convolutos. Al fin y al cabo, y para bien o para mal, su oficio de décadas ha sido reformar o suprimir cuanto tuviera aspecto de extraviado exceso.